



MEMORIA Y LENGUAJE EN “PASAJES DE UNA VIDA” DE IVÁN LOBO QUINTERO

La memoria y el lenguaje son los rasgos distintivos más sobresalientes percibidos en una lectura del libro “PASAJES DE UNA VIDA”, de Iván Lobo Quintero. Memoria afinada para reencontrar fundaciones de su propia vida, lejanas ya la niñez y adolescencia en el pequeño pueblo merideño de la oriundez. Fundador de recuerdos de breves experiencias que, en el tiempo, afloran como riquezas espirituales, pues esas pequeñas historias subyacentes en su inconsciente, anidadas como una potencialidad de toda la vida, constituyen los principales y más emocionantes aspectos, no sólo de su propia biografía, sino del conjunto generacional del cual proviene, pues se constituye en referente, en cronista de una existencia colectiva, y a medida que se van conociendo los contenidos del texto, van hermanándose vivencias, experiencias y anécdotas de otros que, como el autor, vivieron por igual en el tiempo y el espacio que ahora se recrea.

Sea grande o sea pequeña, como en este caso del anecdotario, la historia nos pertenece a todos y la podemos escribir desde la perspectiva de nuestra propia trayectoria existencial. En cada uno hay historia, somos fragmentos de historia, que parte de la experiencia individual y se va atando con el concurso participativo grupal, hasta devenir en una epopeya más extensa y de mayor cobertura como un memorial del pueblo o de la comarca, si preferimos este último término. La historia de nuestro propio acontecer, grande para nosotros, que creyéndola pequeña para los demás, no es nada pequeña sino que también es grande, cuando vamos obteniendo respuestas concretas de quien o quienes nos leen. Y es que una sola ebullición individual convierte en colectiva una historia local. Ese es uno de los méritos de libros como éste de Iván Lobo Quintero.

Y de la memoria, de esa memoria suya que termina siendo una pluralidad de memorias, pasamos al lenguaje con que se expresa esas experiencias escritural. El lenguaje es oficio y es espejo; oficio de todos los que hablan o escriben, en este caso,

del que escribe, y manifestación en Lobo Quintero de un quehacer refinado y bien llevado, pulimentado con el respeto y el rigor de quien comprende que el lenguaje es exigente y delicado, como una facultad que va desde la arcilla más rústicamente trabajada, hasta el espejo reluciente de imágenes perfectamente delineadas. A medida que nos vamos adentrando en la lectura de los textos que arman este libro, nos vamos nutriendo positivamente de memoria y lenguaje, como marea de vida conducente a la satisfacción, al agrado y a la aceptación.

Veamos un fragmento:

“Su viejo centro con sus calles estrechas como todo puerto, sus casas de ventanales pintadas de colores alegres que se vuelven chillones, su sol abrasador que según el poeta Baralt es su ciudad amada ardorosamente, su lago siempre misterioso y embrujado que le sirve de abanico inmenso, para refrescar sus costas y sus noches; y también de vez en cuando asustar a los marabinos con sus truenos y sus tempestades. Espejo esmerilado cruzado por un osado puente que junta sus riberas, en perenne desafío a sus corrientes y profundidades, por donde cruzan silenciosos e imponentes, tanqueros cargados de su savia negra. Paisaje inmenso y llano, infrecuente para aquellos que como horizonte, siempre hemos tenido las líneas sinuosas de los cerros” (Lobo Q. 89).

Lenguaje coherente, plácido, como aparato expresivo cónsono con la necesidad de contar o narrar el producto vivencial estacionado en la memoria, el lenguaje que, como bien asienta Briceño Guerrero, “es el lugar de lo humano, en él vimos, nos movemos y somos” (Briceño Guerrero, 9).

Una somera visión estructural de “Pasajes de una vida”, nos informa que el libro aparece dividido en once capítulos, y que sigue, pudiéramos decir, aspectos cronológicos lineales de la vida del autor: la niñez y la adolescencia – cuadros – episódicos en los que palpitan los recuerdos más lejanos; el lugar geográfico: Ejido-Tovar; las virtudes ancestrales del espacio del cual proviene, como una consagración al origen: madre y naturaleza, dos bienes inmarcesibles que siempre están en uno; luego, los primeros avatares de la responsabilidad temprana, comenzar a entender la vida como praxis hasta esa primera adultez que en unos se manifiesta muy tempranamente. En el Capítulo V asoma el ciudadano político, para en capítulos siguientes volver a hablar de geografías, otros lugares afincados ya en la vida

profesional: San Cristóbal, Maracaibo y Valera: salida y llegada de una posición de destino; transición para dar y recibir huellas. Aparece luego un Capítulo, casi infaltable en el individuo que tiene el padecimiento del lenguaje: los asuntos poéticos: la nueva expresión, el grado de lo poético a través de lo que el mismo Lobo llama “Rimas y Solfas”, poesía pequeña apegada al ritual de la métrica tradicional. Y no digamos que cumple con las “recurrencias” ni con las “constelaciones”, enrevesados conceptos del lenguaje poético, que en este caso no son pertinentes, porque el autor sólo busca exteriorizar una angustia o un padecimiento y para eso se vale del verso, vía expedita a veces para el afloramiento de la subjetividad. En los capítulos finales del libro aparecen notas hemerográficas y lo que el autor llama oraciones puntuales.

El tiempo, a veces muy lejano, profundo en el pasado, hace que las cosas se vayan desdibujando; los escenarios los captamos distintos y los personajes también se hacen difusos, aunque in situ se ven felices como protagonistas de su tiempo. Todo hombre en el fondo hace un protagonismo existencial, distinto al de los otros, por algo son individuos; pero el grafismo de la historia, o la crónica escrita, no suele presentarlos unilateralmente, sino como formadores de ese cuadro colectivo social, parte de una sociedad también total. Esa es una de las virtudes del libro de Lobo Quintero, la de llegar a ser un libro de historia local y regional, pues rescata y actualiza una época significativa que ayuda cual lección moral al conocimiento de una extenso escenario biogeográfico, y homenaje que él, como hombre de hoy, hace a los hombres y a los espacios del ayer natal, a los que trae a nueva vida en la dinámica social, pues bien apuntó Don Mario Briceño Irigorry que de “Nada valen sus luminosos retratos en las vistosas galerías, sino que importa, por el contrario, exprimir de ellos su valor social, su ejemplo útil y su lección digna” (Briceño Irigorry, Pequeño Anecdótico Trujillano, 10).

Este libro es principio mas no final en la carrera escritural de Iván Lobo Quintero. No puede ser final porque sabemos que en el fondo de sus iluminaciones, en sus propósitos vitales, este autor es capaz de hacer nuevas recreaciones y hasta el abordaje de interesantes creaciones, porque tiene formación, memoria y lenguaje, y cuando existen estas tres condiciones, pues allí está la vida con ganas de manifestarse, y puede y debe hacerse de esa praxis escritural una entrega permanente en la propia cotidianidad.

Alí Medina Machado